

característica que la impregna totalmente, si bien en gradación diversa, según el caso y el momento. Me refiero a la ironía. La ironía, en su acepción genérica, y también en sus grados inferior y superior, que podríamos situar respectivamente en la sorna y en el sarcasmo. Una ironía que subrepticia, veladamente, se acerca a veces a una hermana más pura: la ternura. Gracias a esta condición, la prosa de José Batlló, ya de por sí ágil, adquiere, si cabe, una suerte de ritmo álaque, y por ello consigue que el lector, a pesar de que siempre lee historias *ordinarias*, recorra sin esfuerzo aparente el camino por donde el narrador quiere llevarle.

En tercer lugar, distingue a esta prosa, como distingue al hombre que la escribe, un hondo aliento humano. Se palpa y toca al hombre que es el escritor, y se vibra humanamente con él, como quería Whitman, como repite Unamuno. No se nos describe, como he dicho, ninguna vida extraordinaria, al contrario: se trata de una de las *vidas de aquellas víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales*⁸. Y aunque, tratándose de Batlló, no hemos de considerar este párrafo, y lo que sigue y no reproduzco, exento de su dosis de ironía, eso no lo convierte en menos cierto, tanto en lo que al autor se refiere cuanto respecto a la generalidad a que alude: la masa humana que forma el río de la intrahistoria (por aludir otra vez a Unamuno, sin perjuicio de recordar la *boutade* de que Batlló le hace objeto)⁹.

Pero quizá no bastarían ésas y otras cualidades de la prosa de Batlló si el contenido estricto de esta *Memoria* careciera de interés. Lo tiene y en grado máximo. Con la seguridad de que las palabras que siguen no agotarán la descripción de dicho contenido, voy a referirme a él, tratando de ordenar, en breve relación, algunas de sus líneas principales.

II.

Tenemos, por una parte, lo que podríamos llamar galería de tipos. En primer lugar, los de la propia familia: el padre jardinero y, más someramente, la madre; la abuela cinéfila, una de las personas con más ternura

evocadas, dentro de la discreción con que un tímido, como Batlló explícitamente se considera, revela sus sentimientos íntimos; las hermanas, tanto la melliza (no univitelina, matiza Batlló) como la otra, *beatas hasta la repugnancia*, la cordial e implacable Amelia, ayer su mujer, madre de sus dos hijos, y ahora y siempre, a pesar de intermitentes altibajos, compañera o colaboradora en tareas editoriales y librescas.

Junto a los familiares, y según el fluir de la vida, la atenta mirada de Batlló va recogiendo una serie de tipos, más alejados afectivamente, pero que siempre tuvieron motivos de muy varia índole para ser captados por aquélla, y andando el tiempo, es decir, ahora, para ser sustraídos de esa endeble memoria que el poeta, José Batlló, se atribuye y vertidos en fresca y animada prosa: sus viejos maestros sevillanos, los jefes militares durante su servicio en Ecija (de los que también tiene algunas cosas que contar, aunque no precisamente literarias), un viejo anarquista, un antiguo tipógrafo o charmarilero; María, de la Librería Porter, ya en Barcelona; un matrimonio de emigrantes de La Alpujarra granadina, analfabetos, sus vecinos en Moncada...

A lo largo de la animada prosa de la *Memoria*, destaca el recuerdo de los amigos. En primer lugar, de acuerdo con el orden del tiempo, los sevillanos: José Barrera, Manolo y Paco Guerrero, Manolo Guerra, Alfonso Guerra, del mismo apellido que el anterior, aunque no pariente de él, y otros. Todos ellos compañeros de afanes literarios juveniles, promotores de un intento de grupo teatral, aunque ninguno brillaba en el arte interpretativo, si bien en cuanto al último de los citados se ve obligado a reconocer: *¡Cuánto se han desarrollado sus aptitudes teatrales desde entonces!*¹⁰. Vienen después los amigos poetas conocidos en Cataluña, a casi todos los cuales dedica especial atención, en uno o en varios de los capitulillos en que se divide la *Memoria*: Manuel

⁸ «Memoria», pág. LII.

⁹ «Memoria», pág. XL. En este punto, refiriéndose a los ensayos, que llevaba a cabo el grupo juvenil de teatro formado por él y sus amigos sevillanos, de la adaptación, por Mankiewicz, de Julio César, de Shakespeare, dice: «Para (el papel de) Casio teníamos a un curioso ex-seminarista que había perdido la fe leyendo a Unamuno —había perdido la fe en Dios, no en la literatura, que hubiera sido lo lógico».

¹⁰ «Memoria», pág. XXXIX.

Vázquez Montalbán, Joaquim Horta, Pere Quart, Jaime Gil de Biedma, Pere (entonces Pedro) Gimferrer.

Junto a los anteriores, recuerda Batlló a los amigos poetas madrileños y de otros lugares: Alberto Barasoain, Raimundo Salas, Vicente Aleixandre, Mario Angel Marrodán... De Aleixandre, queda para la historia de los poetas, si no de la poesía, su apoyo permanente a *El Bardo*; no sólo moralmente, sino con la entrega de un libro inédito para ser editado en la colección¹¹, renunciando en la práctica a sus derechos de autor, y con la ayuda económica regular, que mensualmente pasaba a Batlló para contribuir a la nunca equilibrada economía de la aventura editorial de éste. Con aquella velada ternura ya mentada antes, parece también recordar al hoy algo olvidado Marrodán (si no es para criticarlo, insinúa Batlló): *Meterse con la copiosa producción de Marrodán es ya un tópico, que podría inscribirse dentro del epígrafe de «desprecia cuanto ignora». Ahora me gustaría tener a mano el prólogo que Gimferrer escribió para uno de sus libros y brindárselo al lector para que, a la par que degustara las excelencias de la prosa juvenil del poeta de la calle Sanjuanistas, aprendiera a enfrentarse con la poesía de Marrodán sin los prejuicios de los académicos*¹².

Entre todos, hay dos amigos que destacan en la memoria de José Batlló, aquí, por cierto nada infiel: el andaluz Juan de la Cosa, descrito de manera tan estu-penda que parece un Rimbaud inventado¹³, con su madura adolescencia; autor, a los 17 años, de un libro de poemas de unos cinco mil versículos, editado años más tarde, a principios de los setenta; y ya catedrático de Instituto y autor de algunos ensayos sobre literatura, muerto en accidente de automóvil a los cuarenta y tres años. Y el poeta catalán Josep Elías¹⁴, muerto también joven, aunque en este caso el accidente fue una enfermedad, y de quien reproduce una carta que le escribiría poco antes de morir (*la carta más hermosa que he recibido jamás*).

Pero no todo, en la *Memoria* de Batlló, es remembranza o canto de la amistad. Hay numerosos pasajes dedicados más bien a lo contrario, no ciertamente al odio (pues no deja de reconocer lo manifiesto para quienes le conocemos: *su más bien escasa capacidad para este sentimiento*)¹⁵; sino a la crítica, entendida en sentido lato general, moral. La crítica, como en toda persona

honrada, empieza por la autocrítica, que muchas veces es franco y excesivo menosprecio de sí mismo. Así, sucesivamente, desde el comienzo del texto, va refiriéndose a su *falta de talento poético —o mi falta de talento, sin más, ¿para qué andarse con puñetas?*¹⁶; presunta incapacidad que luego extiende también a las páginas que casi sin sentirlo está uno leyendo: *me falta aliento y talento para completar, paso a paso, una historia coherente, aunque sea la mía*¹⁷; viene igualmente su valoración como editor, que ya inicialmente le parece la conmemoración, *en la mejor tradición catalana, (de) el cuarto de siglo de un fracaso*¹⁸, y que después, en el aspecto económico, le lleva a afirmar: *mi trabajo como editor de poetas nunca le ha proporcionado un duro a nadie (ni siquiera a mí mismo); antes al contrario; más de una vez he sableado a la gente para poder seguir haciendo lo que hacía. Muchas veces he pensado que, para quienes han apreciado mi trabajo y han enterrado en él algunos de sus ahorros, les hubiera salido más a cuenta proporcionarme una veeduría sindicada para que me estuviera quietecito y no tuviera ideas geniales para ampliar y elevar la cultura poética del país*¹⁹. Y en la segunda parte del atípico prólogo, la «Cronología», al tener que referirse al número 75 de *El Bardo, Canción del solitario*, la única obra suya publicada allí como poeta, empieza afirmando llanamente: *El punto más bajo de la colección —y no es falsa modestia—*²⁰.

Quien se autocrítica hasta esos extremos, se halla así más justificado para criticar a los demás. Quien, teniendo la palabra y las palabras dentro, ha debido callar muchas veces, está igualmente más justificado para hablar, cuando la ocasión llega, en compensación de

¹¹ Vicente Aleixandre: Retratos con nombre. *El Bardo*, volumen 10, Barcelona, mayo de 1965.

¹² El prólogo a que alude Batlló, firmado por Pedro Gimferrer y con el título de «El fervor de Marrodán», figura al frente de la obra del poeta vasco titulada *Raza de dioses* (Colección «Poemas», dirigida por Luciano Gracia; Zaragoza, 1966).

¹³ «Memoria», pp. XLVI-XLIX.

¹⁴ *Ibidem*, pp. XCIV-XCVI. A Elías se refiere también en otros lugares.

¹⁵ *Ibid.*, p. cit.

¹⁶ *Ibid.*, p. XIV.

¹⁷ *Ibid.*, p. LXXIII.

¹⁸ *Ibid.*, p. IX.

¹⁹ *Ibid.*, p. LXXXII.

²⁰ *Ibid.*, p. CXXXIII.

aquellas tantas veces en que no pudo hacerlo. Quien, como todos en el sistema político-económico menos malo existente (lo que es hoy ya criterio incuestionable, puesto que es el único sistema que al final ha quedado), siente, cualquier día de su vida, que no goza de más libertad material que la que le deparan las monedas que tienta en el bolsillo, si es que tienta alguna, bien puede, si es poeta, en alguna oportuna ocasión, como sin duda lo ha sido para Batlló la redacción de esta suerte de memorias desmemoriadas, permitirse un margen de libertad (ciertamente libertad de expresión), quizá desconocido para quienes poseen los bienes del sistema. Porque este margen, en principio sin límite, nace de un poder no siempre al alcance de los poderosos: el poder de la palabra; un poder que sólo puede ejercitar quien la posee.

Esta es la libertad que ejercita Batlló en bastantes lugares, en algunos casos criticando a las personas, que a veces son directamente nombradas, sin duda para sacar de ello, como de sus novelas breves quería Cervantes, el ejemplo correspondiente, bueno o malo, pero siempre oportuno²¹, y otras son meramente aludidas o discreta o ambiguamente insinuadas²². De la crítica no se libran ciudades enteras, como Barcelona: *La ciudad-tartufo por excelencia, cuya cortesía se pone en evidencia cuando, por una vez en la historia, se le ofrece la oportunidad de abrirse al mundo entero, y sus habitantes sólo saben engalanarse con una bandera única, la propia —que se guardaron muy mucho de mostrar durante cuarenta años—*²³. En esta crítica de ciertos aspectos negativos de la realidad y el carácter catalanes, que tiene razones para conocer, empezando por las familiares y siguiendo por sus treinta y dos años de residencia continuada en Cataluña, desgrana una serie de ejemplos, desde las alusiones a uno de los impresores iniciales de *El Bardo* (los Perramón, de Manresa) hasta el poeta Salvador Espriu, con su insólita reivindicación de un ejército catalán, o el marido de la casera de Moncada, con su hiriente menosprecio de los inmigrantes andaluces, sin olvidar las referencias con que urde el capitulillo titulado «De la misantropía»²⁴. Claro que esta indisimulada crítica, y sin perjuicio de manifestar claramente que se cuenta entre los que, al modo cernudiano, *éramos españoles (...), condición que aceptábamos (y seguimos aceptando) sin orgullo ni ver-*

*güenza*²⁵, bien puede esconder, siquiera matizadamente y ahora al modo unamuniano en relación con España, un cierto dolor por esas tendencias catalanas, tan arraigadas, sobre todo hoy, en todas las capas de la burguesía de la región; una cierta y tácita expresión de *me duele Cataluña*, como quizá se rastrea en las palabras con que termina la *Memoria*: *Eso sí, y a despecho de cuanto llevo escrito hasta aquí, Cataluña fue la tierra que me vio nacer (con bastante indiferencia, es cierto) y será sin duda la tierra que me verá morir (con mayor indiferencia, si cabe)*²⁶. Quién sabe, quiero añadir. Lo que sí podemos dar por cierto es que, hasta que llegue tal momento, sus palabras (las que he comentado, y otras semejantes que pueden leerse en el texto de la «Memoria») le serán tenidas en cuenta. Lo que él, Batlló, no puede por menos de saber, y lo que, ciertamente, sitúa a tales palabras en el grado de sinceridad y en el plano de libertad supremas que sólo es propio de quien, ya que no en lo material, se siente, en el plano moral, íntima y verdaderamente libre. Libre, debo insistir, en la palabra; o si se quiere, al modo de Octavio Paz, bajo ella.

III.

Queda referirme, por último, a la «Antología». Indudablemente, no se trata de una antología *ad usum*, puesto que se limita a los poetas publicados en la colección *El Bardo*, que José Batlló fundara en 1964 y que dirigiera directamente durante los diez años que duró. Se trata, por tanto, en primer lugar, de una antología de libros, e incluso de una antología de antologías (las varias que se publicaron en la colección); y, expresamente, de una edición conmemorativa, que no trata de descubrir nada, sino sólo, si cabe hablar así, de celebrar aquella hermosa aventura editorial.

²¹ Véase el episodio relativo al gerente de la librería barcelonesa Ancora y Delfín (pp. LX-LXI de la Memoria).

²² Idem, por ejemplo, los capitulillos titulados «Desayuno con diamantes» (pp. LXVI-LXXI) y «Patudos y yangüeses» (pp. XCVI-XCVII).

²³ «Memoria», p. LIV.

²⁴ Ibidem, p. LXXI-LXXII.

²⁵ Ibid., p. CV.

²⁶ Ibid. loc. cit.